

## SALIDA DEL ALMA HACIA LA LUZ DEL DÍA

Es absurdo pensar en qué libro llevarse a una isla desierta; lo importante es saber cuál leeríamos antes de morir.

Sólo un puñado de aventureros sin suerte se han ido a pique frente a un atolón perdido en el océano. Y nadie, ni siquiera Robinson Crusoe, pudo elegir tranquilamente en su biblioteca con qué volumen aliviar la larga espera del rescate. En cambio, los hombres no han perdido la costumbre de morir. A muchos la muerte los sorprende a traición, sin darles tiempo a encomendarse a su dios o a subirse los pantalones; a otros los embarca paso a paso con una interminable vejez; a algunos incluso se los lleva recién nacidos, antes de que conozcan la tierra que van a dejar atrás para siempre. A bordo no se admiten maletas, pero quizás sí recuerdos. ¿Por qué soñar con naufragios imposibles en vez de prepararse para la inevitable travesía?

Yo morí a los ocho años. Las fiebres reumáticas que sufría desde hacía meses me provocaron de improviso una miocarditis y esta, a su vez, una insuficiencia cardíaca aguda. Mi corazón dejó de latir; los sucesivos electroshocks fracasaron. Sentí que el dolor se convertía en un torbellino por el que se hundía mi cuerpo entero. Traté de agarrarme a alguna parte y lo único que conseguí fue manotear en el vacío. Caí hasta salir de mí mismo; caí hacia arriba, succionado por una espiral de oscuridad. Aunque no notaba el viento contra mi cara, sabía que me desplazaba a toda velocidad porque alrededor, avanzando en sentido contrario, llovían imágenes como meteoritos —el sol, una mesa lista para el desayuno, mi madre en el balcón, el humus de un bosque—. A veces chocaba contra una de esas imágenes, el dolor me rompía, mi conciencia volaba en mil pedazos de fuego hasta que, en pleno caos, regresaba la caída; seguía ca-

yendo, nunca había dejado de hacerlo, me perdía por una noche cada vez más opresiva, me estaba ahogando, aquello era un viaje, pero ¿adónde?

De pronto emergí al otro lado. Otras personas que han vivido experiencias similares a la mía hablan de un gran prado florido, o de un cielo de claridad lleno de música. Yo me encontré de golpe en la proa de *La Hispaniola*, navegando por un mar de luz. Unos días atrás, antes de la brusca agravación de mi enfermedad, había leído *La isla del tesoro* de Stevenson. Y ahora estaba dentro del libro. He dicho “yo”, pero yo era también Jim Hawkins, John Silver, el loro Capitán Flint –y mis padres, mi abuelo fallecido, mis compañeros de escuela, las enfermeras que me habían cuidado–. A todos los sentía a mis espaldas en el barco, como una tripulación infinita y fraterna. La luz que conocemos era una sombra al lado de esa otra que me envolvía; las salpicaduras de las olas y la brisa me llenaban de frescor. El alivio después de semanas de fiebre era intenso, pero más aún la salvaje sensación de libertad que me daba comprender que realidad e imaginación, pasado y futuro, uno y los demás eran allí lo mismo. En el horizonte del océano sin límites distinguí el contorno de una isla llena de árboles. “Estamos llegando”, me dije a mí mismo lleno de curiosidad y bienestar. El barco se acercaba a su destino con rapidez. Y entonces, justo cuando estaba a punto de conocer esa tierra prodigiosa, en algún rincón del universo, un médico desesperado me clavó en el pecho una jeringuilla cargada de adrenalina. Sentí que me agarraban por detrás y tiraban de mí con fuerza, que la espiral de oscuridad me succionaba de nuevo hasta devolverme al infierno de mi cuerpo enfermo...

Volví o, más bien, me trajeron. Intenté contarles la experiencia a mis padres; sonrieron y me dijeron que había soñado. Quizás tuvieran razón: no dispongo de otro término para definir lo que vi, aunque sé que fue muy distinto de esas ocurrencias nocturnas que casi nunca sobreviven a la rutina del despertar. Alguna vez creí que aquellas imágenes entrevistas al borde de la muerte empezaban a borrarse de mi memoria; tiempo después, en plena madrugada, acababan regresando, nítidas y obsesivos como el primer día. Sé que estoy condenado a vivir para siempre con ellas. Nunca olvidaré aquel mar de claridad, ni la promesa de la costa en la que no llegué a desembarcar. La muerte es la única isla

desierta, una de la que nadie ha vuelto nunca, pero en la que las últimas palabras leídas en vida acaso nos acompañen para siempre.

Te preguntarás con razón, lector, quién es el tipo capaz de empezar una historia así. ¿Un cura? Aunque a veces me toman por uno, nuestras creencias son tan distintas como el color de nuestros uniformes. ¿Un yonqui? Mis únicas adicciones son el café y los libros. ¿Un loco? A pesar de mis esfuerzos, nunca he conseguido perder del todo el sentido de la realidad. ¿Un médico? Eso se acerca ya más a la verdad. Desde hace dos años trabajo en el hospital Virgen del Perpetuo Socorro. El panel a la entrada proclama que es uno de los más grandes de Europa: supongo que alguien considera que hacinar a los enfermos es un motivo de orgullo. Fue fundado en el siglo XVII como un hospicio y desde entonces sus distintas áreas tienen nombre de santas. Yo estoy en la de Santa Cecilia, dedicada a la larga y media estancia. Aquí van a parar los enfermos que requieren una atención continuada de semanas, meses o incluso años. O, por utilizar la jergonza de moda: las áreas de agudos constituyen nuestros principales proveedores de usuarios: viejos, desahuciados, mártires de enfermedades crónicas o extrañas, víctimas de accidentes u operaciones graves que necesitan una prolongada rehabilitación.

A algunos les da por abreviar: un moridero. Es una verdad a medias: resultaría engorroso recorrer medio hospital con los cadáveres, así que a los pacientes en estado crítico se los suele trasladar al nivel-2, más cerca del depósito. En cualquier caso el rumor se ha extendido tanto que se cuenta la historia de un enfermo de trombosis, inmóvil desde hacía días, el cual, al ser informado de que iba a ser “derivado” aquí, se puso a agitarse como un endemoniado y a intentar levantarse de la camilla para huir. Nuestra fama consiguió lo que no habían logrado semanas de tratamiento.

En este lugar al que la gente no quiere venir ni muerta transcurre mi vida. Me paso el día rodeado de medicinas, camillas, sueros, gasas, existencias y bandejas de comida a medio terminar. Desde que, hace unos años, una ley absurda obligó a todos los empleados del hospital a llevar bata, los pacientes, al igual que tú, siempre me confunden con un doctor.

Me piden ibuprofeno o valium y no me queda más remedio que frustrarlos. La única medicina que tengo son las palabras de otros: ansiolítico, las *Cartas a Lucilius*; cardiotónico, *Las memorias* de Casanova; somnífero, *Finnegan's wake*.

Soy hijo único; mi madre murió cuando yo tenía doce años; seis meses después, mi padre huyó de la viudez y de la paternidad y rehízo su vida en otro continente. Pasé la adolescencia con mi abuela, ya muerta también. No me considero fundamentalmente un solitario, pero siempre he estado solo. Tengo un altísimo concepto de la amistad; quizás por eso he tenido tan pocos amigos. En consecuencia, no hay muchas personas a las que pueda confesar mi profesión. Las raras veces que he gozado de la oportunidad de hacerlo, siempre me he topado con la misma incredulidad: “¿En serio hay bibliotecarios en los hospitales?”.

Tampoco yo lo habría sabido nunca si no me hubiera hecho un esguince y descubierto por casualidad el anuncio en el tablón del servicio de Urgencias. Después de más de cinco años malgastados como teleoperador, corrector de pruebas y vigilante de almacenes, me pareció que por fin el destino se acordaba de mí. Mandé mi caótico currículum al día siguiente; un mes después, cuando ya había abandonado toda esperanza, me llamaron para la entrevista. Esperé tres cuartos de hora en una sala iluminada por neones agonizantes. El director de Recursos Humanos me recibió bajo una reproducción enmarcada del juramento de Hipócrates, un retrato del rey y una pantalla de plasma donde desfilaban caras risueñas de enfermeras y pacientes. Era un cincuentón obeso, con la corbata tan apretada que parecía a punto de ahogarlo y una nuez que se movía en su garganta como un animal despavorido. No mostró demasiado interés por mis estudios de filología (“Filo..., ¿qué?”, me preguntó) ni por mi declaración de amor a los libros.

—¿No tendrá usted alguna discapacidad?

Lo negué inmediatamente. El director pareció contrariado.

—¿Está seguro?

Me pregunté si se daba cuenta de que su pregunta resultaba insultante. Me acordé de mis ocho dioptrías. El director negó con la cabeza.

–Voy a serle sincero. El Ministerio presiona para que reservemos una cuota a favor de los trabajadores con discapacidad. Este puesto nos parece perfecto para acercarnos al objetivo y que dejen de tocarnos las pelotas. ¿De verdad no sufre ningún trastorno, aunque sea pequeño?

Como último recurso le hablé de las fiebres reumáticas, que me obligaron a guardar cama cinco meses. Me provocaron astenia, anorexia y artritis, además del síntoma más persistente de todos: la afición por la lectura. Por supuesto no dije nada de mi experiencia en el umbral de la muerte; me habría tomado por loco y la locura resulta demasiado peligrosa para ser una invalidez aceptable. El director me observó un rato en silencio y luego se inclinó hacia mí. El agresivo olor de su colonia me hizo pensar en toda la suciedad que debía de ocultar.

–Suponiendo que no encontráramos a un candidato más adecuado, ¿le importaría que, a efectos puramente administrativos, le atribuyéramos una discapacidad leve?

–Hará falta algún tipo de certificado médico –protesté.

El director sonrió.

–No creo que eso aquí sea un problema.

Fue así como, unas semanas después, en el momento de firmar mi primer contrato de tres meses, me diagnosticaron el síndrome de Asperger. No deja de ser lógico que para trabajar en un hospital tengan que declararlo a uno enfermo. Gracias a internet no tardé en descubrir que los afectados por mi síndrome se caracterizaban por la ceguera emocional, las tendencias asociales, el gusto obsesivo por la rutina y una propensión a utilizar un lenguaje excesivamente pomposo o formal. A cambio, me consolé, solían estar dotados de un cociente intelectual igual o superior a la media. Era sorprendente que no me hubieran diagnosticado aquel trastorno antes.

Mi flamante patología nunca ha sido un obstáculo en el trabajo. La rutina aquí es satisfactoriamente aburrida y consiste en permanecer sentado en el sótano lleno de libros, esperando la improbable llamada de algún paciente. Mis otras obligaciones se reducen a dos: visitar a los recién ingresados para informarles de mi existencia y leer historias a los pocos niños hospitalizados, o a los aún menos adultos que así lo piden.

Esos compromisos, cuando existen, me llevan como mucho un par de horas. El resto del tiempo lo paso en mi cubículo, haciendo lo mismo que tú en este mismo momento. Antes de convertirse en biblioteca, la habitación fue un anexo de la morgue vecina y la gerencia nunca se ha preocupado por cambiar la iluminación. Con mi bata blanca, a la claridad congelada de los neones, debo de parecerme mucho a un forense. Sólo que tú y yo no intentamos saber por qué murió la gente, sino por qué vivió, ¿no te parece?

Odio el hospital. Soy casi feliz en él. Ambos sentimientos están relacionados. Desde las fiebres reumáticas, nunca había vuelto a pasar tiempo en ninguno. Al recorrer por primera vez los pasillos del Virgen (así es como lo llaman los “de dentro”), entendí por qué mis recuerdos de la niñez eran tan tristes. Siempre creí que esa tristeza nacía de lo más hondo de mí mismo, de un fondo depresivo anterior incluso a la muerte de mi madre y la huida de mi padre. Veinte años después me di cuenta de que aquel sentimiento no venía sólo de mi interior: me lo habían transmitido, durante cinco largos meses de convalecencia, las habitaciones impersonales, las enfermeras agotadas, los pacientes desesperados, el funcionamiento y la arquitectura enteros de esa gigantesca colmena de la desgracia que es cualquier hospital. Al mismo tiempo entendí mejor qué es lo que había buscado en los libros: escapar de aquella cárcel. La lectura me había salvado de niño y yo iba a proponérsela a los pacientes. Por primera vez tenía una misión y eso bastaba para llenarme de energía y de una ilusión que nunca antes había conocido.

Convivía con enfermeras, auxiliares, celadores y médicos, pero no formaba parte de su mundo. Y ellos lo sabían. Cuando nos cruzábamos por los pasillos, la mayoría me ignoraba, igual que a un carrito lleno de sábanas sucias. Y mejor que me ignorasen, porque los que se fijaban en mí me miraban como si fuera un parásito nocivo que tuviera que ser eliminado cuanto antes en beneficio del ahorro y la eficiencia del sistema. No me importaba: era excitante ser el gusano que pudre la manzana envenenada, el enemigo que actúa en las entrañas del monstruoso caballo de madera.